

¿No nos volverán A Saquear?

2-Dic-1987.-

Siempre! No. 1797.-



López Portillo... "Y lo dijo sollozando".

OR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Entre sollozos que no podía contener, tras anunciar la nacionalización de la banca y el control de cambios, el primero de septiembre de 1982, el presidente López Portillo admitió que la fuga de capitales ya nos había lesionado de muerte; pero advirtió: ¡no nos volverán a saquear! Hoy, frente a lo que parece la repetición de una pesadilla varias veces vivida, se requiere que con mayor eficacia que entonces el gobierno formule el mismo propósito, y lo cumpla.

En la víspera del día de la Revolución Mexicana, que si es más que una efémerides de nuestro calendario cívico es a causa de que sus metas principales, justicia, libertad y democracia, no han sido alcanzadas, el peso sufrió una corrida que lo redujo frente al dólar. En un solo día, el

deslizamiento se convirtió en devaluación traumática.

Se calculaba que para el momento en que este artículo esté ante los ojos de los lectores la paridad puede oscilar alrededor de tres mil a uno.

Las causas del fenómeno pueden ser muchas. Una es el ingreso a un año político especialmente difícil, el último del sexenio, y tiempo de elecciones. Una suma de circunstancias nos han hecho temer la llegada del año postrero. Por lo menos desde hace tres sexenios, la capacidad gubernamental para manejar la economía se ha visto deteriorada en extremo en ese tramo. Habitualmente presentado por el autoritarismo como el último Presidente que manejó con orden y decoro los dineros nacionales, Díaz Ordaz fue sin embargo el primero en poner el mal ejemplo. Tanto se le descontroló el gasto público en 1970, que la atonía a que se enfrentó Echeverría al inaugurar su administración fue la muestra de aquel descalabro cuidadosamente escondido por sus panegiristas.

En cambio, es muy conocido el desastre que protagonizaron Echeverría y López Portillo en 1976 y 1982, respectivamente. Devaluaciones severísimas en cada caso fueron la expresión de desarreglos profundos en la economía, que obedecieron a muchas causas y no sólo a las características personales de cada uno de esos presidentes. Es difícil, en la compleja estructura económica de México y del mundo, que un solo hombre, por peor intencionado que sea, provoque tantas complicaciones como las que se generaron contra los mexicanos en aquellas dos oportunidades.

Un factor que ahora se intenta por lo menos paliar, que ha hecho funesto el último año del sexenio, es el desbocamiento ilegítimo del gasto público, ya sea porque se utilizan recursos públicos en las campañas electorales, como porque es el Año de Hidalgo, expresión usada para rimar la verdadera parte de la frase, que no se dice: es tarugo el que deje algo. Esta ilustración del ánimo de expliación, de toma del botín puede corresponder en mayor o menor grado a la realidad, pero de todas maneras ejerce un efecto psicológico sobre los ciudadanos. De modo que la flaca certidumbre que cada quien tiene sobre su propio destino, el de su familia y su patrimonio se torna más escuálida todavía al aproximarse el final de cada periodo presidencial.

Luego, han obrado en la corrida contra el peso factores menos difusos y vagos que esa desconfianza. Pongamos el caso de la Bolsa, que si bien no debió haber sido causa principal de la devaluación, si habrá contribuido a ella de manera importante. En el mercado bursatil el globo que la había hecho elevarse hasta niveles irracionales se desinfló,

y con ello el clima de especulación experimentó un rudo golpe. La tremenda caída bursatil puso a quienes pudieron vender en busca de alternativas para invertir de modo que la inflación disminuya sus haberes de modo menos severo. Y encontraron en el dólar esa alternativa, entre otras. Por eso ha habido una relación en apariencia tan mecánica y cercana entre el desplome de la Bolsa y la mayor adquisición de dólares, que los hicieron subir de precio.

Otros factores habrán contado, también. Desde hace un año se empezó a observar un incremento en la entrada de divisas, no procedente de actividades identificadas, como exportaciones o turismo. Dada la procedencia de los cheques a través de los cuales esos dólares ingresaban a México, pudo establecerse que se trataba de capitales repatriados.

No volvían a México por amor al país del que habían salido, ni porque en términos estrictos hubieran recuperado la confianza, cuya dizque pérdida los había empujado al exilio. Los dólares regresaban porque era en extremo atractivo invertirlos en la bolsa... y sacar de nuevo los intereses. De cualquier modo, llegaron a constituir una corriente significativa, de unos cuatro mil millones de dólares, según cálculos, que estaban a disposición de los compradores en el mercado. Hace muy poco, sin embargo, esa corriente empezó a decrecer, al punto de que en la última semana de octubre empezó a registrarse un déficit en el mercado libre de divisas, por primera vez en mucho tiempo.

En la generación de ese déficit pudo haber contado, aunque no pueda precisarse el grado de ese impacto, pagos no programados de deuda externa privada, para los cuales los deudores requirieron divisas en forma extraordinaria. Ello se debe a que los acreedores de empresas mexicanas, especialmente los bancos chicos, están rematando los documentos en que esa deuda se expresa, y los propios deudores están comprándola. Dicho de otro modo, están pagando con quitas, a mitad de precio, y aun menos.

Con esa suma de causas, y muchas otras quizá, al mediar la semana pasada el Banco de México tuvo que abandonar su participación en el mercado cambiario, y el peso se cayó. Encendida de nuevo, la fiebre por el dólar tuvo sólo el límite de la existencia en el mercado. Mientras tanto, y aquí está el quid del asunto, en el Banco de México existen oficialmente cerca de quince mil millones de dólares en reservas. En el pasado, especialmente en el verano de 1982, el mercado absorbió las reservas que entonces había, y las cajas quedaron exhaustas. ¿Volverá a ocurrir ese abominable fenómeno?

Es preciso que no se repita la historia. La acumulación de reservas no es sólo producto de la habilidad financiera del gobierno. Es trabajo de los mexicanos, que han tenido que experimentar multitud de sacrificios para ese arsenal de divisas vaya formándose. Ese ahorro, que sería la base para las negociaciones con la banca internacional, que una vez más deberán reemprenderse, deben permanecer intocadas. Si el gobierno rehusó aprovecharlas para alimentar la economía, no obstante los riesgos de estancamiento que en algunos momentos se hicieron muy agudos, sería criminal que ahora las sacara a remate para alimentar una distorsión perversa y beneficiar a unos cuantos, con perjuicio de la mayoría nacional.

Los secretarios de Hacienda y de Programación y Presupuesto acudieron a la Cámara de Diputados entre el momento de la redacción de estas líneas y el de su aparición. Sólo podemos, por consecuencia, desear que hayan utilizado ese foro para anunciar, con toda la solemnidad que el asunto requiere, que esta vez, de verdad, los especuladores lanzados en pos de los dólares no volverán a saquearnos. La disminución de nuestras reservas se volvería un baldón sobre el régimen del presidente De la Madrid, y el comienzo de un último año que en su caso puede ser distinto que los tres anteriores.